



LA HOJA de PARRA



MARCA REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.

Apartado 547.—Teléfono 1843

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

FELIX RECIO

¿Crimen por amor?

EL DOCTOR BOMBARDA

...Y vamos tirando.

ANGEL PEREZ PALOMERO

Los sabrosos pastelillos.

JOSÉ MORBIRA

Escenas femeninas.

M. CAMACHO BENEYTEZ

Glotonería.

ENRIQUE BAYO

Memorias de un empleado.

IOVAR

y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de

Lolita Ortiz.

5 cénts.



LOLITA ORTIZ

Otra estr. ellita

para el invierno



SALVO contadas excepciones, la Prensa se viene dedicando á tomarle las guedejas á nuestro sugestivo alcalde, y para ello le bautiza con pseudónimos grotescos, para hacer reir á las gentes á costa de Su Excelencia que á consecuencia de la constante granizada de letras de molde está que echa jugo lácteo contra todos los periodistas á quienes quisiera ver como la pasta de las albondiguillas. Si él pudiese no quedábamos ni uno para contarlo.

Yo hasta ahora era de los que protestaban de este ensañamiento de crítica, pero una reciente disposición del interesado ha sido causa de que cesen en mí las fervorosas simpatías que me inspiraba, precisamente, porque soy de los que gustan de defender al débil contra el fuerte cuando éste abusa de su preponderancia. De ahí que idolatre al sexo débil y le dedique todos mis desvelos; porquelllega el otro sexo, tira de preponderancia, y abusa de un modo brutal.

Claro es que se dan muchos casos en que ocurre todo lo contrario, ó sea que hay sexos de esos que parecen débiles, que se cargan media docena seguidita de los que se las dan de más fuertes dejándolos completamente debilitados.

El motivo del enfriamiento de mis entusiasmos hacia Su Excelencia, el *Sindaco* como decimos los italianos, que tanto nos divertíamos con la opereta veraniega del Retiro, es una reciente disposición encaminada á reglamentar á las chicas de servir, vulgo domésticas

Primero la emprendió con nuestros distinguidos compañeros los simpáticos vendedores de periódicos, invitándoles en nombre de la moral municipal á que se pongan chaps, y ahora quiere meterse con las criadas, cosa un tanto atrevida dada la ya no adolescente edad del señor Vincenti.

Hacer entrar en regla á las doncellas es una labor propia de la Naturaleza sin necesidad de que su tan primordial función

se introduzca la paternal tutela del Municipio. Los más rudimentarios principios de fisiología aconsejan no introducirla entonces. No debe, pues, el alcalde meterse en camisa de once varas, aunque en esta ocasión esas varas sean de puntillas, bordados y cintitas de colores atractivos, cual cumple á la camisa de una doncella.

Y á propósito de camisas. He leído en una revista francesa de modas, que la última palabra de la coquetería consiste en llevarlas de gasa de seda negra con adornos de cinta roja ó azul que caigan en

EL SUEÑO DE UN BELMONTISTA



El marido (soñando). —...¡Anda ahí!... ¡cññññ!... ¡otro molinetel... ¡aprieta ahorá!...

La esposa.—¿Con qué cochina estará ¡soñando este sinvergüenza?

grandes lazos hasta tocar con el broche de las ligas de las medias que también harán juego». Vamos, lo mismo que en el Gran Casino de San Sebastián hasta hace poco: «¡Hagan juego, señores!» ¡Y no digo nada del juego que se puede hacer en un *tapete* (que en este caso debe ser *des-tá-pete*, ó mejor dicho, *destapéte*) que tenga tan emocionante combinación de colores! Yo me pasaba la vida jugando, aunque fuese de salto.

Pero volvamos á lo de la regla. La medida que se propone adoptar el alcalde, es alarmante por el precedente que siente.

Reducidos á su obediencia los vendedores, hará extensiva la imposición de la chapa á otros gremios y artes más ó menos libres hasta conseguir que su uso sea obligatorio á todo vecino de la villa y de la misma manera reglamentando á las criadas hoy, mañana se echará sobre las planchadoras, pasado sobre las modistas y así sucesivamente.

Y ahora preguntado yo, ¿qué es lo que pasará aquí el día que los unos estén con la chapa y las otras estén con la regla?

¡Pues qué se le ocurriría hacer á Su Excelencia, si á nuestros artistas líricos les diera por imitar á sus colegas de París!

El pudoroso *A B C*, que se coge la moral con un papelito de fumar perfumado, publicó el otro día una instantánea de la carrera pedestre que aquéllos han celebrado recientemente, siendo presenciadas por un público enorme.

La fotografía está tomada en el momento en que un grupo numeroso de lindísimas mujeres, luciendo unas curruscantes *toilettes* de corredoras, se disponen á disputarse los premios del «match». ¡Dan ganas de *mat charse* detrás de ellas hasta el fin del mundo!

Precisamente las más hermosas son las que aparecen con indumentarias apropiadas al caso, las cuales les permiten lucir unas pantorrillas que descoyuntan la *tete*, y unas *tetes* que desencuadernan la cabeza. Seguramente que las otras no hacen lo mismo porque no tienen tan bien instrumentadas las piernas y el resto de lo que ocultan.

Ahora bien; supongamos que LA HOJA DE PARRA organiza unas carreras como esas de París, aunque no fuese precisamente de artistas líricas.

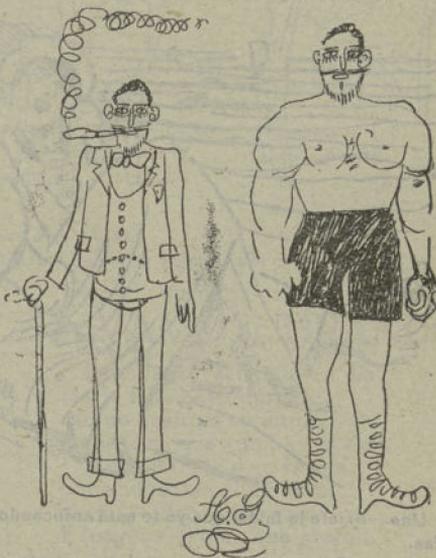
Seguramente que habría tiros para procurar ver las pantorrillas y lo que no son las pantorrillas de nuestras monísimas tiranas del género apetitoso, porque las fran-

cesas las podrán ganar á otra cosa, pero lo que es á buenas formas... ¡*gurrumiaul!* (señalando al minino más próximo).

Y en cuanto á correr, las hay que están muy corridas y son capaces de dar quince vueltas á la meta antes de sacar la lengua, que es la demostración del cansancio.

Naturalmente que todo depende de las dimensiones que tenga la pista, porque si es muy larga, lo lógico es que se fatiguen

OPINION DE MUJER



¿Por qué no me gustan los forzudos? Porque el hombre forzudo es capaz de levantar á una mujer y tenerla levantada cinco minutos y el hombre pequeño, la acuesta y no la deja levantarse en tres días, ¡y tan fresco!

unas al llegar á la meta y otras antes de que la meta esté á su alcance.

Pero toda iniciativa de distracción, tan inocente como conveniente para la higiene corporal, se estrellaría ante la monomanía de poner chapas y administrar reglas de nuestro alcalde.

Le estamos viendo llegar al lugar de las carreras, precedido de un escuadrón de la guardia municipal montada, y encarándose con las concursantes, exclamar con voz de mando:

—¡Despejen! ¡Aquí no hace nadie la carrera!

Un pequeño REPORTER

¿Crimen por amor?

A Juan Beltrán, el leñador más forzudo de las serranías de Astorga, le han prendido. Cuando la pareja de la benemérita forzó la puerta de la casa en que acababa de consumarse el crimen, Juan estaba de pie y Juanita, su mujer, tendida sobre el pavimento, ¡muerta!...

El coloso, que se hallaba en completo estado de embriaguez, se entregó sin re-

Juanita alegre y juguetona como una ca-brilla, se echaba en el suelo, recreándose en ver á Juan que iba derribando uno tras otro los álamos más firmes y estremeciendo los ecos de la selva con sus formidables hachazos.

Algunos meses después de la boda, Juanita, no pudiendo disimular su monomanía mesoquista, dijo cierta noche á su marido que estaba desnuándose:

—Pégame, Juan; tengo ganas de que me pegues.

Beltrán se echó á reír con su vocerón estentóreo de titán, y ella, muy enfadada, le volvió la espalda, negándose á cumplir sus deberes de esposa. El respetó aquella negativa y se durmió pacíficamente. A la noche siguiente hubo la misma escena, que provocó en Juan un amenazador fruncimiento de cejas. A la tercera noche, como Juanita reiterase su petición, su marido enroboló el brazo y descargó una terrible bofetada sobre el rostro de la joven. Entonces ella, llorando y riendo por un placer enfer-



Una.—Bójate la falda, que ya te está enfocando el fotógrafo de todos los días.

La otra.—Peor para él si hace un buen retrato.

sistencia, y cuando supo que había matado á su cónyuge, tuvo una explosión brutal de dolor.

Lo que había cautivado la voluntad de Juanita, era cabalmente la fuerza extraordinaria de Juan, ó impelida por un morboso antojo de mesoquista, se divertía discurriendo acerca de las caricias brutales que la esperaban en la noche de sus desposorios. Beltrán, á despecho de sus hombros de jayán y de sus puños de hierro, tenía esa condición pacífica de los grandes paquidermos, cuando su novia se atrevía á acompañarle al bosque, él se la echaba á cuestras, si el camino era largo, cuidándola y mimándola con casto afecto fraternal; y

mizo dimarado del golpe sufrido, enlazó sus manecitas al cuello de Juan, balbuceando mimosamente:

—¡Basta, marido mío, basta!...

Aquellas reconciliaciones tan dulces, le parecieron á Juan Beltrán de perlas, y raro era el día en que el enamorado matrimonio no andaba á puñadas: siendo lo extraordinario que la pasión mesoquista de Juanita iba exacerbándose por momentos y que aquellos simulacros de reyerta llegaron á convertirse en verdaderas palizas.

La noche de autos, Juan Beltrán estuvo en la taberna jugando á la baraja y bebiendo largo con varios amigos, y regresó á su casa borracho. Juanita, viéndole en aquel estado, tuvo miedo.

—¿Nos acostamos? —dijo.

—Sí —barbotó Beltrán—; pero antes quiero molerte las costillas...



—Oye, por ahí pasa Pérez, fíjete qué elegante lleva á su mujer.

—¡Tomal—como que le ha venido de América un tío rico que se la viste y se la calza

Ella quiso apagar la luz para huir, pero él la alcanzó y de un puñetazo la tumbó en el suelo. Juanita empezó á gritar.

Pero el coloso, cuya lujuriosa excitación crecía, la levantó pasándola un brazo por debajo de los sobacos, y comenzó á flagelar á Juanita con su puño de hierro que chocaba con golpetazos terribles de batán sobre los riñones desnudos de la joven. Después, rendido de maltratar aquel cuerpo inerte, empezó á decir:

—Vamos, tonte; vamos á dormir... Anda no seas cazurra...

Pero la infeliz que había recibido en la cabeza varios puñetazos mortales y ya no rebullía...

Lo borrachera de Juan Beltrán se dispó con las voces de los vecinos y la llegada de los guardias civiles.

—¡La ha matadol —gritaban todos.

Entonces Beltrán se hincó de rodillas, como para olfatear los restos fríos de aquel cuerpo vicioso que tanto amó, y al convencerse de su desgracia, rompió á llorar con una desesperación ruidosa de niño terrible.

—¡Yo la maté, yo la maté! —repetía mäsándose el cabello—; pero la pegaba por complacerla... porque siempre estaba diciéndome: ¡Pégame, Juan; que me da mucho gustol...

FÉLIX RECIO

...Y VAMOS TIRANDO

Pepe, aprovechando un día cierta feliz coyuntura, dió un asalto á su futura de esos en que «no hay tu tía».

Y ella, atenta á su recate, por ahuyentar al maldito, decía: —¡Pepe, que gritol... Y luego: —¡Pepe, qué gratol...

¶

Llevaba el hijo de Rita para un peligroso juego, dos banderillas de fuego, que le regaló Guerrita.

Saludando á su mamá se las pedí y se negó, respondiéndome: —¡No, no, que son para mi papá!

El doctor BOMBARDA

Leed en EL LIBRO POPULAR

El Gachó del Arpa

novela completa por

VICENTE DÍEZ DE TEJADA

20 céntimos

Los sabrosos pastelillos

Desde aquella aventura galana, han tenido para mí un encanto irresistible las fondas y hoteles. Cada cuarto ó habitación dormitorio, donde me alojo en mis correrías vera-

EN EL ENTREAUTO



—Chica ¿has visto qué abonados estos? Se pasan las noches diciendo «¡qué musulmen! ¡qué musulmen!»

—Ya, ya, y luego ni musla nen ni mus convidan á cenar.

niegas, parecen misteriosas alcobas mundanas, llenas de sensualidad.

A la sazón me hospedaba en una modesta fonda de una capital levantina. Orillaba al mar y era por la pintoresca posición en que estaba enclavada, uno de los hostales más concurridos. Un mi amigo pintor, que pinceles en ristre había venido desde un rincón pueblerino á copiar marinas del natural, me acompañaba.

Aquella tarde, fueron unas pinceladas de aburrimiento, el final de la jornada. Le atraía más, aquel abigarrado conjunto de

carne fresca, de carne joven, que echando á tierra el ropón que cubría sus encantos, se presentaban firmes, retadoras, con miradas locas de deseo, que desafiaban las caricias de las olas con fingidos desmayos. Muchachas bonitas; desnudeces rosadas; matronas arrogantes, levantaban la proa á cualquier pintor de frescos y marinas.

Era el anochecer. Al cruzar los umbrales de la fonda, divisamos en el primer tramo de la escalinata, una pareja. Ella y él.

—Sin duda alguna —pensé— serán dos amelonados en la luna de miel.

No se apercibieron de que tras ellos, iban nuestros pasos, y seguimos subiendo, subiendo cada vez más, la tensión de los nervios al columbrar una bien torneada pantorrilla que cubría una media calada color ceniza.

Hablaron breves minutos con un cama-

EN EL ESTANCO



El parroquiano.—¡También es casualidad, siempre que compro cigarrillos está el tabaco húmedo; hoy lo tiene usted chorreando!

Ella.—Como que me acaba de hacer la saca mi primo.

tero y éste les señalaba un cuarto, al mismo tiempo que les decía:

—El 13 está ocupado. Si quieren ustedes el 14 está libre.

—Conforme. El 14. Dame la llave —respondió el caballero.

Hermán mi compañero, sonrió al oír estas palabras.

Algo bueno pensaba el travieso Apeles.

Transcurrió un cuarto de hora, al cabo del cual, Hermán, me dijo con marcado regocijo:

—Chico, aventura en puerta. La dama que ha subido, no es la esposa de ese caballero. El marido, es un amodongado banquero viejo, con el que la he visto pasear esta tarde. Sin duda la ha dejado en el baño de oia y él se ha marchado al de agua caliente...

—¡Hombre! ¿Cómo esas noticias?

—A propósito. ¿Has oído que el camarero les ha indicado el cuarto contiguo al tuyo?

—¡Pues tienes razón!

PREGUNTAS TONTAS



—¿Para quién es esto, vida mía?

—¡Para ti, rico!

EN EL RESERVADO



El parroquiano.—Después, estas criadillas con tomate.

El mozo.—¿Lo traigo todo junto?

El parroquiano.—No; tráelo separado que ya me encargaré yo de juntar las criadillas con el tomate.

—Sígueme...

A tales horas la fonda estaba desierta. Todos los veraneantes, aspiraban la frescura de la brisa, allá en los merenderos de la playa.

Llegamos al primer piso. Por precaución y de acuerdo mutuo, nos descalzamos de los zapatos chillones que podían interrumpir nuestra labor inquisitiva.

Una vez en el corredor del segundo piso, entramos sin hacer el menor ruido en mi habitación. La contigua, era el escenario de aquel idilio.

Como los tabiques eran tan débiles, se oía hasta el aleteo de una mosca en el número 14. Claramente percibíase la conversación, que á ratos, fué muda y fatigosa, pero... ¡sería elocuente!

—Mira, Adolfo, vas á perderme si mi marido nos ha seguido. Ya sabes que el viejo ese es muy celoso...

—Me lo prometiste. ¿Te acuerdas Clotilde? Todo llega en el mundo... ¡Ahora, aunque sea un minuto, cuánto lo deseaba!

Aquello iba poniéndose al rojo verde, escarlata...

—¡Qué malos sois los nombres! —se oyó suspirar á la inocente Clotilde.

—¿Sabes lo que he pensado? —decía él—. Traer de la pastelería de enfrente, unos pastelillos para reponer fuerzas, una botella de Champagne...

OPINIONES DE LA SEÑORITA A. G.



—Si yo fuera casada, llevaría el retrato de mi primer novio sobre el corazón.

—Anda, pero no tardes... —dijo mimosa.

• Estalló un beso, y chisparon nuestros ojos de gozo.

Sentimos abrir la puerta y volverla a entornar levemente. El galán con precipitados pasos bajaba la escalera.

Hermán salió del mutismo, y díjome:

—Sabrosos pasteles vamos a digerir.

—¿Cómo? ¿Qué intentas?

—Verás. Sin perder momento, tú quedas apostado en el descansillo del primer piso y te encargas de detener al caballero, cogerle los pasteles y decirle en voz baja y con marcada alteración que el marido de la señora del 14, ha llegado y se dispone á dispararle veinte tiros, y verás... Mientras, yo me encargo de presentarme á la infiel é iniciar la conversación hasta tu regreso.

Movimiento de estupor en mí; pero mi joven amigo con un chitón mudo, me hizo obedecer inconscientemente.

Antes de llegar al descansillo de la escalera, tropecé con el galán que subía con paso acelerado.

—¡Caballero, por favor, márchese inmediatamente! El marido de la señora del 14 ha llegado. Evite usted una desgracia. Está furioso.

Y mientras le hablaba, me apoderé de las botellas y pasteles.

El caballero, crédulo en verdad, sin murmurar palabra alguna, se alejó con paso acelerado.

Como un gamo subí el trecho que me separaba del número 14. Mi amigo había sido prudente. Sentado en un cómodo sillón fumaba un cigarrillo con una serenidad pasmosa.

¡Cualquier día me fumo yo un cigarrillo ante una mujer tan descacharrante!

Ella, una Eva de las que dan calenturas.

Reclinada indolentemente en un sofá—



...el de un amante que tendrías, de esos que dan dinero, en el lazo del zapato.

sommier, y hermosa con toda la desnudez de su cuerpo blanco, sonrió al verme entrar con el botín recogido al rival.

—¡Qué picaros son los hombres! ¡Qué astutos! —dijo la casquivana.

—Clotilde, no olvide á un refrán; «Quien roba á un ladrón...» —dijo Hermén.
 ¡Sabrosos estaban los pastelillos!
 Y... ¿para qué más? «Tableau» en redondo. Lo callado se da por sabido.

He vuelto á ver á Clotilde, y una tarde



...el del amante que tengo, que no da dinero pero que me da muy buenos ratos, en las ligas.

entre besos y risas, dícame que el oso de su marido, está «escamado» desde que oyó la disculpa de su mujercita aquel día de su tardanza en el baño. ¡¡¡Fueron tres los peces que picaron su cuerpo!!! ¡¡Pobre-cita!

Angel Pérez PALOMERO

:: Escenas femeninas —Pues, mira Clara, te advertimos que de aquí no sales, sin contarnos de punta á cabo toda esa historia

—Pero, hijas mías, es tarde y mi marido me espera...

—Que se fastidie —exclamaron á dúo la espiritual Mercedes y la trigueña Magdalena—. ¡Harto nos fastidian siempre esos señores!

—Siempre he de hacer lo que se os arrojaja...

—Así me gusta, Clarita —repuso Magdalena—. Anda, siéntate ahí en ese sillón... al lado tienes la mesita con té y pastas... Tú, Mercedes, quieta si puedes... en esa *chaise longue*... toma un cigarrillo turco... así... perfectamente; yo aquí á tus pies... Empieza... te escuchamos...

—Ya sabéis —comenzó Clara—; que en el último baile de la embajada inglesa, me presentaron á sir Arthur. Sir Arthur tiene todas las seducciones que puede soñar la mujer más exigente. Arrogante presencia, ojos soñadores y enérgicos, galante y rendido adorador de la belleza y de la mujer...



...y el de mi marido en el tacón del zapato



—No recuerdo bien, pero me parece que lo último que ha dicho esa chula es... *está gordo y colorado.*

—Sir Arthur —continuó Clara— bailó dos veces conmigo..., una de ellas, un voluptuoso vals de Straus, cuya soñadora música parece creada para girar eternamente..

Aquella noche, sir Arthur estuvo realmente sugestivo, tanto es así, que á despecho de mis desengaños, quedéme sojuzgada al oír sus vibrantes y melodiosas frases que repercutían blandamente conmoviendo todo el caduco andamiaje de mis añejas ilusiones, marchitas por un matrimonio de conveniencial... Una frase derritió la nieve que las ilusiones amontonaron sobre mi corazón y una deliciosa frescura esparcióse en mis venas, haciendo mis nervios y anhelando que la música de sus frases no dejara de no sonar en mis oídos, mientras que mis ojos pendientes de los suyos y de su boca, admiraba lo profundo del azul de aquellos y la blancura de sus dientes correctamente alineados!..

—¡Qué entusiasmo, querida Clara!— exclamaron á una Mercedes y Magdalena.

—Merecidísimo, hijas mías—. ¡Si hubieseis oído la hermosa definición que dió del amor, y el modo tan gallardo que tuvo de confesarme la idolátrica pasión que por mí sentía!..

—Pues, hija —interrumpió la gentil Magdalena—; tu sir Arthur, es un lord Byron completísimo!..

—Terminóse el baile —continuó Clara— y acompañóme Arthur galantemente hasta el coche, seguida por mi marido que hacía esfuerzos desesperados para no dormirse.

—Es natural; á los setenta años ¿qué quieres tú que haga el buen marqués?

Después de unos instantes de silencio, la joven continuó.

—Dos días después, sir Arthur presentóse en mi casa de improviso: su presencia no me sorprendió aunque se lo demostré: en realidad yo temía y anhelaba su visita!..

Mandé que le introdujeran en mi saloncillo de trabajo, y después fué á él, serena é indiferente, pero conmovida y nerviosa bajo el antifaz de mi sonrisa!..

El estaba de pie en medio la habitación:

VIENDO LAS LÁMINAS



—¡Qué barbaridad, qué cabeza, parec un pimiento morrón!

UN ENCUENTRO EN EL PASILLO



El señorito.—¿A dónde vas á estas horas?
La criada.—Voy á la cama para lo que usted guste mandar.

Clara con acento de introducíble tristeza.

— Nos equivocamos? — exclamaron Mercedes y Magdalena con la más viva curiosidad.

— Juzgad vosotras de la conclusión de mi novela amorosa... sir Arthur á despecho mío, ¿por qué no confesarlo? conservó siempre su actitud de profundo respeto, y no osó acercar su sillón al mío ni una vez sola...

— Pero... interrogaron ellas con afán.

— Cuando hubo arrancado de mis labios la verdad de los sentimientos que me inspiraba, cogió mis manos y dejando en ellas un beso largo y mudo, murmuró:

— ¡Oh, perdón!... Vine aquí con propósitos de seducirla, pero la quiero á usted demasiado para consumir mis torcidos deseos... Entre usted y yo, Clara, media la inmensidad de un verdadero amor.

— Imbécil, murmuraron Magdalena y Mercedes con arrebató.

— ¿Cómo, creéis?...

— Creemos que no te ama; el hombre que quiere intensamente en ese momento decisivo, por grande que sea el respeto que la mujer le inspire, no se contiene nunca...

José MOREIRA

GLOTONERÍA

De un melón Luis y Mercedes sendos trozos almorzaban, y al ver Luis, con sentimiento, que su parte se acababa, díjole á su bella amiga, quien casi tenía intacta la ración, en dulce tono:

— Mercedes, ¿me das tu raja?...

Manuel Camacho BENEYTEZ



— Me van á mater; á las ocho el conde, á las diez el banquero y á las cuatro ese y á todos les da por lo mismo. ¡Qué bien puesto tengo el remoque de la Caramé'ol

Memorias de un empleado

Me tocaba de guardia y el día era espléndido; no hay para qué poner de relieve mi *spleen*. Dios de Dios, toda la tarde desde las dos



El. — ¡Por Dios, Rosita, he llamado cinco veces! La doncella. — Esa llamada es para la cocinera, yo con un toque tengo bastante, ya lo sabe el señor.

hasta las nueve metido en la oficina, detrás de la reja, sacando y metiendo cartas de los casilleros. ¡Qué festidio! Además, aquella tarde se corrían toros veragüeños y estoquesba Belmonte; vamos, el disloque, y que no hubo medio... los compañeros todos iban a la fiesta nacional; ¡cuálquiera permutaba la guardia en tarde como aquella... en fin, paciencia... Encendí un puro, mandé al ordenanza que trajese café y resignado sentéme tras la reja esperando al público que viniese a buscar sus cartas... Mi imaginación volaba al sitio de la fiesta... el ancho circo rebotando gente, un derroche de luz, de alegría, de colores... y sobre todo de mujeres hermosas, risoteras y tentadoras; mis compañeros de

pie, gesticulando y piropeándolas... de repente suena la música, un clamoreo unánime se levanta, agítanse pañuelos y sombreros... la cuadrilla aparece, resplandeciendo bajo los rayos del sol, gentiles y airosos peones y jinetes saludan montera en mano, y cambian las ricas y vistosas capas de paseo por las de faena...

— Buenas tardes, señor — oí de pronto. El argentino sonido de aquella voz me causó una impresión grandísima... Alcé mis ojos, Dios... ¡qué mujer!... De reja afuera sólo divisaba su busto superior... ¡qué caral! ¡qué boca! ¡qué riqueza de ondulaciones!

— Señora — dije apresuradamente — ¿en qué puedo servirla?

— Caballero — contestó con su voz musical alterada por una emoción grandísima —; ignoro si pido un disparate, pero me ocurre un conflicto gravísimo, del que suplico á usted encarecidamente procure sacarme... Dios mío, ¡qué local! ¡qué distra-

SUCEDIDO



El público. — ¡La pulga! ¡La pulga!

Ella. — Respetable público: no me es posible cantar la pulga porque el señor Gobernador ha mandado á la policía que me echen unos polvos.. insecticidas para que no me pique.

REQUIEBROS AL PASO



—Tengo una barbaridad de ganas de colocarle á usted una burrada muy gorda.

—¿Muy gorda? ¡cél! Del dicho al hecho...

—Ahí, en el lecho es donde quiero colocársela á usted.

da soy! —balbuceó con infinita angustia, mientras enjugaba sus ojos anegados en lágrimas...

—Señora —tartamudé yo— tranquilícese usted. Diga usted lo que la ocurre.

—En dos palabras, caballero .. He escrito dos cartas y he cambiado los sobres, ¿comprende usted? El contenido de un sobre lo he puesto en otro sobre... y precisamente lo que digo á una persona... no quiero... ¡qué he de querer! ¡que lo sepa la otra!... Hace una hora las eché en el buzón Central, es decir, deposité una... y al querer abrir de nuevo la otra, observé con espanto que había equivocado la carta... ¡Figúrese usted mi pena y mi susto!... ¡Ay, Dios mío!

—Y bien, señora, ¿puede usted indicar-

me á quién va y adónde la carta que ha depositado usted en el buzón?

Dudó la desconocida un momento, miróme como queriendo escudriñar mi pensamiento y después con voz velada aún por los sollozos, díjome quedamente un nombre y un pueblo.

—Bien, señora —tráigame un facsímil en seguida, el correo para este punto no ha salido aún y podremos retirar la carta que tan mal rato la ocasiona.

—¿Un facsímil? —interrogó ella—. Es decir, un sobre igual en todo al depositado...

Precisamente, señora; se abrirá la carta en presencia de usted y comprobada la firma, la entregaré lo que pide y quedará terminado el pavoroso conflicto —añadí sonriéndome, esperando que el rostro lloroso de mi bella interlocutora se animase...

Pero no fué así: con sorpresa mía retiróse un momento de la reja, tal vez porque vió que se acercaba un hombre, y hasta que se hubo marchado, no se acercó nuevamente.

—Caballero —murmuró con plañidera voz y hondo desconsuelo en la mirada—. ¿Es necesario el facsímil? ¿Es preciso?

—Indispensable, señora; el reglamento así lo exige —contesté algo extrañado de la pregunta.

—¿Y si no traigo ese facsímil no podré retirar la carta?

—No señora —contesté cruelmente—. Pero no comprendo. ¿No ha escrito usted el sobre?



Una.—¡Chica, qué mal tocan esta introducción!

La otra.—Pues es culpa de los músicos, porque el director es un tío para eso de las introducciones.

La desconocida alzó el velo que cubría su rostro y quedé admirado y conmovido; tal era su belleza y el mudo desconsuelo que expresaba... Comprendo que encontrará usted mi petición extraña, rara, inverosímil —dijo— no importa; piense usted lo que guste... mi situación es terrible y he de salvar el pavoroso conflicto en que mi suerte aciaga me ha metido... caballero... soy joven ¿verdad? dicen que hermosa; sus ojos me lo expresan, aunque su lengua es discreta, pues bien... deme usted esa carta que pido y haga usted de mí lo que quiera... ¿Acepta usted?

Confieso que me dejó mudo, estupefacto, la oferta de aquella mujer, que palpitante de dolor, regiamente hermosa en su desconsuelo, esperaba impaciente mi contestación devorándome con los ojos...

Adiviné que aquella carta no la había escrito ella... aquella carta era un anónimo quizá en el que un infame y cobarde denunciador delataba al marido de aquella mujer... la existencia de un amante... ¿quién



Ella.—¡Qué desidioso eres, no has hecho más que desayunarte Y ya estás lleno de manchas!

El.—Es café.

Ella.—¡El café no mancha!

El.—Pues será leche.

sabe? Mi mente desbocada forjó en un segundo historias terribles y me consideraba como el caballero del Cisne de aquella Brunilda adorable y desconocida... Por otra parte, la cuestión era difícil... Apoderarse de una carta para entregarla ¿a quién? ¿era verdad? ¿era mentira? Un sollozo hondísimo de mi desconocida dama, estallido de una pena que era más intensa cuanto más oculta, me decidió; y sin acordarme

de mi deber ni ver más que aquel dolor desesperado, que partía el alma, y hasta olvidando... lo juré... la singular recompensa de aquella mujer...

—Espere un momento, señora —dije— y corrí a la sala de Dirección, reolví paquetes hasta que entre otros descubrí aquel sobre, cuyo sobre escrito irregular acusaba un sér anónimo mensajero, terrible é indiferente, del que pendían tal vez dos vidas; cogíle como si me quemase los dedos y entré en mi negociado, enseñándoselo á mi desconocida...

—¿Es esta la carta, señora?



El.—¡Esto se llama echar una cana al aire!

Ella.—Pues no seas pesado y échala ya al aire.

Una reacción súbita coloreó aquel pálido rostro, una oleada de sangre bañó de púrpura aquellas facciones y lanzando sus ojos un radioso destello de alegría, díjome con voz apenas perceptible por la emoción...

—Sí, sí; conozco la letra...—¡Ah intame, y la creí mi amigal...

—Tómela usted, señora.

La dama calló de repente, un rubor visísimo quemó sus mejillas.

—Lo prometido es deuda —añadió con firme arrogancia y mirándome de hito en hito con ansiedad profunda...

—Señora —díje conmovido— ignoro lo que usted quiere decirme... y le alargué la carta...

Cogióla ella secándose las últimas lágrimas que surcaban sus mejillas, dirigióme una mirada tan dulce, tan significativa, tan llena de conmovedora expresión, de gratitud inmensa, que me consideré pagado cien veces del capital enorme de paradisiaco placer, que en un momento de desesperación me había ofrecido aquella pobre mujer llorosa.

Al salir de la guardia rogué al jefe me destinara á otro negociado... no quiero pasar otra tarde como la referida.

Enrique BAYÓ

SUCEDIDO...

Ella está regando las flores de su ventana, cuando aparece en la suya un joven:

—¡Vecinal
—¿Qué quiere usted, vecino?
—¡Qué flor tan bonita tiene usted!
—¿Una flor bonita? ¿Cuál?... ¡Tengo tantas y tan hermosas!... Geráneos, jacintos, claveles...

—No, no me refiero á ninguna de esas,

—Pues, ¿á cuál, vecino?

—Pues, á una que tiene usted en el pecho: ¿se puede coger?

—¿Cómo?

—Con un beso.

—Pruebe usted á cogerla —responde ella riendo.

El galán salta la barandilla del balcón, se agarra al postigo y dejándose caer en el interior del cuarto, abraza á la joven y la conduce hacia el gabinete tapizado de raso, mientras que con sus ardientes besos va apoderándose de la flor...

—¡Ay, ay! —exclama la niña—; me hace usted daño...

—¿Cómo, daño?

—Sí, señor, mucho daño.

—Pero, vecinita, ¿no me ha prometido usted?...

—Sin duda, pero...

—¿Pero, qué?

—Pero —dice ella dulcemente—; yo orel que podría usted coger la flor sin romper el tiesto...

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

